

## El estilo del "boom"

■ Desde un tiempo a esta parte, me había estado sucediendo un extraño fenómeno, para cuya verdadera razón de ser no encontraba una explicación satisfactoria. El hecho era éste: Estaba leyendo una novela y, de pronto, al dar vuelta la página del libro o, también, en medio de ella, se perdía el hilo de la narración. Principiaba a investigar y, de pronto, tres o cuatro páginas más allá, continuaba el párrafo que había quedado trunco.

Obviamente, la primera vez que me sucedió esto maldije mi suerte que me había hecho comprar un libro mal impreso, en el que un tipógrafo distraído había trastocado el material de lectura. Pero cuando el hecho volvió a repetirse en dos o tres novelas más, tuve que dudar de mi tesis anterior ya que era totalmente improbable que la casualidad hiciera que siempre me tocara a mí el libro desbaratado tipográficamente.

Después de un sesudo análisis en que hice uso de todos los conocimientos adquiridos a través de las series policíacas de la televisión, extraje los siguientes datos: 1.o Los libros en que había ocurrido el fenómeno estaban bien impresos, pues comprobados con otros iguales todos tenían la misma característica. 2.o El fenómeno siempre ocurría en novelas de autores del llamado "boom latinoamericano" y 3.o Recordadas las páginas de las novelas y vueltos a pegar los distintos párrafos en un nuevo orden, resultaba una narración clara, nitida, gramaticalmente perfecta.

Estos datos me llevaron a la conclusión —¡Elemental Watson!— de que el fenómeno que había advertido correspondía al estilo en boga de los autores del boom latinoamericano que despreciaban la coherencia narrativa como algo ñoño y propiciaban, en cambio, el relato caótico.

Por cierto cada escritor es dueño de adoptar el estilo que le plazca y esta elección es inatacable cuando sucede que con él obtienen éxito. Lo que personalmente me preocupa de este hecho —justamente por su éxito— es que al despreñarse el relato lineal y reemplazarlo por el atibor-

ramiento de imágenes y entrecruzamiento de tramas, el escritor deja de lado que hasta ahora había parecido ser sustancial del oficio literario. Esto es, selección y el ordenamiento de una realidad para convertirla en un material coherente, descifrable y transmisible. Cuando García Márquez compone su última novela sin usar puntuación alguna, seguramente está relatando en la forma como se hace verbalmente, en la que nadie pone atención a comas, puntos ni puntos y comas, pero cuyo uso en el lenguaje escrito tiene por objeto facilitar la comprensión del texto. Cuando Jorge Edwards, también en su última novela, interrumpe la coherencia de su relato para intercalar imágenes, recuerdos o disquisiciones laterales, emplea los mismos elementos de que está compuesta la conversación social o el monólogo interior de quien está ensimismado en sus reflexiones. Esto es, recoge una realidad vital, pero al negarse a ordenar, metodizar, desentrañar esa realidad, termina entregando una visión sensorial de ella y no intelectual.

Hasta ahora estábamos acostumbrados a que, junto a la sensibilidad del escritor, éste empleara su inteligencia para develar los escondidos significados de la realidad que nos circunda y que servía de material a su literatura. Hoy, abandonada, la ciencia de la gramática y del análisis lógico la comunicación literaria se tiende a producir a través de las impresiones.

Habrà, pues, que acostumbrarse a leer un libro, no apelando a la lógica, sino a las sensaciones. Leer en una predisposición semejante a la que se admira un cuadro o se oye la música, pero en este enriquecimiento sensorial del lector tengo la impresión de que, a la vez se le va produciendo un empobrecimiento intelectual.

¿Será mucho pedir que los exitosos escritores del boom latinoamericano no sólo nos muestren los coloridos, multiformes y excitantes pedazos que componen el rompecabezas, sino que intenten armarlo?